

LA MAGIA DE LA CATEDRAL

Cuando acabamos nuestro Camino y llegamos a Santiago, solemos estar impregnados de una alegría contagiosa, como si tuviéramos la adrenalina disparada, y todas las neuronas aceleradas.

Después, volvemos a nuestros lugares de origen, a la vida cotidiana, a la rutina diaria,... y no siempre es fácil mantener ese espíritu jacobeo en nuestros quehaceres diarios. Los que tenemos la suerte de pertenecer a una Asociación como la nuestra, y mantenemos el contacto casi diario con otros peregrinos, no somos a veces conscientes de la "envidia" que podemos provocar a los que cargados de buenos propósitos, vuelven a sus casas y se encuentran con un panorama frío y gris, ajeno al Apóstol y extraño a todo lo que suene a Camino.

En O'Cebreiro conocí a una "excursionista" que llegó a Santiago convertida en "peregrina", incluso llegó a Finisterre donde compartimos alguna vivencia. Su vuelta a casa fue mucho más dura y más triste que la mía.

Un día, supo que yo iba a hacer una visita relámpago a Santiago con otros amigos, y en un grito anónimo y angustioso me hizo llegar este mensaje: **"... y si puedes guardar en tu corazón un poquito de esa magia que se respira en la catedral, por favor, por favor, por favor, háblame de ella a tu vuelta, para ver si así consigo recordar. Fdo: alguien que creyó ser peregrino"**

Intuí de donde venía la llamada pero no estaba segura; así que a la vuelta, en un foro abierto de peregrinos, le dediqué estos recuerdos esperando no defraudarla.

"Crucé con Héctor la Puerta Santa. Me señaló una sencilla cruz grabada en la piedra, en el frío y húmedo dintel derecho de la entrada. Mis dedos acariciaron esa cruz, no era un símbolo, era un sentimiento.

Tras una breve gestión en la sacristía, me fui a secuestrar a Santi para mi solita, y para todos los que sabía me acompañaban anímicamente... Mientras subía las escaleras, despacito, con mi mochila y mi bordón, fui recordando uno por uno a todos y cada uno de los amigos peregrinos que el Camino me ha dado. Me quedé en la puerta, contemplando el desnudo busto del Apóstol, sin faustos y sin barroquismos.

Apoyada en el bordón, fui rememorando todos los encargos. Los recuerdos de..., los deseos de..., el hijo mayor de..., el Camino de..., la vuelta de..., el bajonazo de los amigos de..., la salud de..., el desánimo de..., mi familia, Gerard, Cristina, Marta, Alfreddito,... y así, fundí todas las peticiones en un largo abrazo; y acercándome al oído derecho, aún, le dije un par de cositas de parte de mi amigo el peregrino Javier.

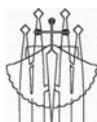
Para concluir, le di las gracias por haberme servido en bandeja esa escapada, por permitirme estar ahí.

Cuando me separé, me di cuenta que había un fotógrafo a mi espalda estratégicamente situado. Me pidió si podía abrazar otra vez al Santo, estaba haciendo fotos a peregrinos y pasaban tan pocos... Entre sonrisas y lágrimas la volví a abrazar, esta vez en silencio. Ya nos lo habíamos dicho todo.

Bueno, no todo... me faltaba bajar a la cripta para contarle alguna cosilla más.

El siguiente paso fue la capillita de la Corticela. Allí entró mi alter ego, entró Pilar, mi compañera de Camino, pues todo lo que a esa Reina de los Peregrinos hay que pedirle o contarle venía de su parte.

Quería recorrer todas y cada una de las piedras de la Catedral, disfrutar de ese silencio que la invadía, jugar con las



luzes y sombras que se filtraban desde poniente, contemplar cada rincón... pero no lo hice. Tuve la suerte de encontrarme con la persona adecuada en el lugar adecuado. También entre risas y lágrimas hablamos largo y tendido de la vida, de Santi, de las indulgencias, de la amistad, de la caridad, del orgullo, de las injusticias, de la enfermedad de las faltas de amor, de los peregrinos, de su Reina, del Camino, del trabajo...

Aún tenía pendiente una conversación desde una columna. Al ir a la sacristía la había acariciado y le había dicho, "ahora vuelvo". Volví, me apoyé en ella, en su fría calidez, y retomé una conversación que había quedado a medias el mediodía del pasado 28 de septiembre. Emocionada agradecí unas vivencias únicas e inolvidables.

Ignoro el rato que estuve en la Catedral, pero salí a la gélida Quintana con la sensación de haber hecho todo lo que necesitaba hacer.

A las 7,30 volví a entrar. Asistimos a la eucaristía desde la primera fila, lateral derecho. Cuando el botafumeiro empezó a balancearse por encima de nuestras cabezas, nos mirábamos incrédulos, ¡tanto regalo en un solo día! Parecía que pudiéramos rozarlo con nuestros dedos, parecíamos chiquillos que sólo sabían decir ¡ooohhh!...¡ooohhh!

Ya de vuelta, después de la carrera para coger un taxi, de la larga espera en el aeropuerto, de la cabezadita en el avión, del chocolate con churros... cuando me acosté, todos mis sentimientos estaban a flor de piel.

El azul intenso del cielo aún brillaba en mi retina; aún podía oler el incienso que nos envolvía; aún escuchaba la Berenguela dar las horas sin compasión; aún paladeaba el orujo de

hierbas de Casa Manolo; la cruz de la Puerta Santa aún enfriaba mis dedos,... y aún ahora, cuando mis dedos teclean estas letras, aún siento la ondulada y cálida textura de la piedra jacobea."

Al cabo de un par de días, recibí este mensaje:

...hace tiempo que volví de mi camino, había aprendido mucho, o eso creía, había vivido una experiencia mágica e irrepetible. Pero entre unas cosas y otras acabé guardando absolutamente todo en un cajón y allí lo dejé olvidado. Poco a poco me convencí de que todo aquello no había sido real, que sólo había sido producto de mi imaginación y de mi necesidad de encontrar un mundo mejor para vivir. Y así lo hice o lo he estado haciendo. Porque de repente me di cuenta de que otra vez me sentía fatal

que volvía a no ser feliz y que me faltaba algo. Y ese algo era la esperanza, esa esperanza que había encontrado en el Camino.

De repente empecé a buscar aquellas fotos a entrar de nuevo en el foro, y allí os encontré a vosotros, como siempre, y te encontré a ti que te ibas a la catedral cuando esa era una de las cosas que yo más deseaba en este momento, volver allí, sentir la magia de aquel lugar, la fe y la esperanza de tantas y tantas personas que a lo largo de cientos de años han ido impregnando cada piedra de ese lugar.

Gracias por recordarme su existencia y compartir con todos la magia de ese lugar."

**Entre sonrisas
y lágrimas le
volví a
abrazar, esta
vez en
silencio. Ya
nos lo
habíamos
dicho todo.**

Una peregrina

